



## CUESTA DE «EL CABRITO»

**D**EFINITIVAMENTE dejamos el Distrito del Centro del Estado de Coahuila, para dirigirnos por el viejo camino que en otra ocasión hiciera el insigne libertador D. Miguel Hidalgo y Costilla, hacia el Norte de la República. Al subir la empinada cuesta de «El Cabrito» tuvimos amplia ocasión de contemplar, quizá por vez última, la ciudad que en el siglo xvi fuera descubierta por don Francisco de Urdiñola, y en la que sentara sus reales el noble conquistador, para agregarle más tarde territorios conquistados en la Nueva Vizcaya, que vinieran a formar en la época actual nuestro vasto Estado de Coahuila, donde habrían de desarrollarse los sangrientos y terribles combates que el lector verá en las páginas sucesivas de este trabajo.

Saltillo es una ciudad vetusta y colonial. Después del viejo español Urdiñola, le siguieron en la conquista de la Nueva Vizcaya D. Cristóbal Pérez, D. Diego de Montemayor y D. Martín Zavala; en 1674 le dieron el nombre de Saltillo los Padres Cruz, Larios y Dionisio de San Buenaventura, que habían venido el mismo año con D. Antonio Valcárcel. Tal es el origen de la ciudad que contemplamos desde la cuesta de «El Cabrito». Treviño, con frecuencia me señalaba sus edificios, y en una ocasión díjome:

« — Mira: aquellos árboles deben ser de la plaza de armas; a la derecha, como a cien metros, viven los «volados» (1); allí deben estar, si no andan en la plaza dando el opio a los desgraciados cretinos que en este momento salen del Casino.»

Destenave interrumpía:

« — Aquélla es la iglesia de San Juan.»

« — No, replicaba Saldaña Galván, es la Catedral.»

Y así, en larga controversia de recordación, pasamos un buen rato reconociendo o despidiéndonos de lo conocido.

Los edificios que más se destacan de la ciudad, después de los templos, son: la Escuela Normal, el Casino, el Banco y el Hotel Coahuila, el Teatro García Carrillo y otros interesantes y soberbios. El colegio civil, llamado «Ateneo Fuente», es de grande fama en la República entera. Allí se cursan las materias preparatorias y profesionales, siguiendo el mismo plan de estudios que en la capital de la República.

Socialmente, Saltillo, como todas las capitales de Estado en el país, tiene en su pretensión de pueblo hecho, su aristocracia, su media, su plebe y una clase rural o ranchera, formada por campesinos, que casi nunca se toma en consideración en estas capitales, pero que representa a la verdadera fuerza de laboriosidad y trabajo, y sólo visita Saltillo los domingos y días de fiesta o algunas temporadas después de las cosechas; pues son los llamados lugareños, que alrededor, y a pocos kilómetros de la ciudad, tienen sus pequeñas y grandes propiedades, parcelas, huertas, solares o establos, pero que valen mucho. Sólo que no están sindicados en la sociedad de la capital. La aristocracia en Saltillo la forman muy pocas familias, todas de origen plebeyo; pero adineradas, fanáticas y recalcitrantes en la doctrina católica, para poder distinguirse de las otras clases. Los hijos de los

(1) Con este nombre designábamos a nuestras bellas amigas de Saltillo.

ricos tienen su Casino cerca de la Catedral, y todos los domingos oyen misa sin saberla oír; representan a la clase ignorante, no son ilustrados, se dedican al placer con los dineros del padre: al juego, a la embriaguez, al lujo de las piedras preciosas, al *sport* de bailarines, al orgullo de poner sus personalidades de relieve dentro del grupo de privilegiados, que viven entre amenazas y envidias recíprocas.

En la clase media encontramos a los profesionistas: hombres de más o menos cultura, pero de más abnegación y disciplina que los primeros; empleados de casas bancarias y de comercio; dueños de pequeños negocios, comisionistas, corredores, estudiantes, ferrocarrileros, periodistas, escritores, poetas, demagogos y todo lo que significa esfuerzo mental o muscular por la vida activa.

La plebe la componen en Saltillo, como en todas partes, las clases paupérrimas: desheredados, jornaleros, trabajadores; hombres, más que sencillos, ignorantes, sumisos a la insolencia del rico. Viven como siempre, a la manera antigua, en malas chozas, cuartuchos destartados, sin hogar ni pan suficiente; mal pagados y peor comidos. Son las víctimas de los impuestos municipales y del azote del gendarme; pues el hombre o mujer que suele dedicarse al pequeño comercio, al comercio del hogar, podríamos decir, al comercio manual o de vendimia, ha pagado en el mercado público más contribuciones, relativamente, que los banqueros y hacendados del Municipio.

(Es de justicia hacer constar que, unos días antes del *cuartelazo* de Febrero, D. Venustiano Carranza había entregado a la Cámara Local un proyecto de Ley de Hacienda que cambiaba radicalmente el sistema de contribuciones en todo el Estado, favoreciendo especialmente a la clase proletaria.)

Son el chivo expiatorio de tirios y troyanos. Son los que, mientras son o no son, pagan el pato. La carne de cañón de todas las clases, de los Gobiernos y de los Ejércitos; pues

en cuanto los demagogos agitan los grupos para las luchas políticas, el pueblo bajo carga con la ira del Gobierno o del partido indignado.

La clase campesina, o la que vive fuera de Saltillo, y que sólo viene los domingos, los días de guardar y alguna temporada en el año, es la más sana, la más vigorosa, la más adiestrada en el manejo de caballos, la más adinerada y la más sufrida. El aislamiento en que vive, la hace meditar más profundamente sobre la realidad de la vida; el cariño a la tierra que cultiva, la hace más patriota que los predicadores de plazuela. La lucha contra la Naturaleza, en sus problemas agrícolas y de campo, la hace más acometedora y valiente; y cuando la usurpación de Huerta, que amenazó de muerte a las Instituciones, fué la única que con las armas en la mano se aprestó a combatir a las órdenes de D. Venustiano Carranza, en la que parecía cruzada contra los molinos de viento.

Arteaga, Ramos Arizpe, Los Mesones, Acatita, son testigos para siempre de este aserto.

